

Doro Carbó
Eduard Sala

¿Espiritualidad y educación social? ¿De qué vas?

Resumen

El presente artículo quiere apuntar algunas de las preguntas fundamentales que todo educador social debería plantearse en su práctica educativa, e intenta dar respuestas. ¿Cuál es nuestra visión del hombre, de la vida, del mundo? ¿Qué dimensiones de la persona acompañamos? ¿Cuál es nuestra misión en la vida? En una sociedad a menudo alejada de la experiencia profunda, materialista en sus hábitos de vida, inmediata y veloz, se impone cada vez más el descubrimiento de la interioridad de la persona. En este contexto, hay que reservar espacios personales y grupales para lo esencial, la contemplación, la admiración, el silencio, la pregunta, la mirada hacia dentro... Estos espacios en los entornos educativos nos ayudan a “vivir”, a “ser” y “ser mejores”, y a “serlo juntos”.

Palabras clave

Espiritualidad, Religión, Ciencia, Razón, Moral, Sensibilidad, Educación social

Espiritualitat i educació social? De què vas?

El present article vol apuntar algunes de les preguntes fonamentals que tot educador social hauria de plantejar-se en la seva pràctica educativa, i mira de donar-hi respostes. Quina és la nostra visió de l'home, de la vida, del món? Quines dimensions de la persona acompanyem? Quina és la nostra missió a la vida? En una societat sovint allunyada de l'experiència profunda, materialista en els seus hàbits de vida, immediata i veloç, s'imposa cada cop més el descobriment de la interioritat de la persona. En aquest context, cal reservar espais personals i grupals per a l'essencial, la contemplació, l'admiració, el silenci, la pregunta, la mirada cap a endins... Aquests espais en els entorns educatius ens ajuden a “viure”, a “ser” i “ser millors”, i a “ser-ho junts”.

Paraules clau

Espiritualitat, Religió, Ciència, Raó, Moral, Sensibilitat, Educació social

Spirituality and Social Education? What are you talking about?

This article aims to set out some of the fundamental questions that every social educator should address in her or his educational practice, and attempts to provide answers. What is our vision of human beings, of life and of the world? What dimensions of the person do we accompany? What is our mission in life? In a society that is often far removed from profound experience, that is materialistic in its customs and fixated on immediacy and speed, there is an increasing focus on the discovery of the interiority of the individual. In this context, we need to set aside personal and group spaces for the essential, for contemplation, admiration, silence, questioning, looking inwards... The presence of these spaces in educational settings help us to 'live', to 'be' and 'be better' and to 'be better together'.

Keywords

Spirituality, Religion, Science, Reason, Morality, Sensibility, Social education

Cómo citar este artículo:

Carbó, Doro; Sala, Eduard (2014).

“¿Espiritualidad y educación social? ¿De qué vas?”.

Educación Social. Revista de Intervención Socioeducativa, 56, p. 95-103.



▲ *Todo lo que realmente necesito saber sobre cómo vivir y qué tengo que hacer y cómo debo ser lo aprendí en el parvulario [...]. Permanece atento a lo maravilloso. Recuerda la pequeña semilla en la taza de "Styrofoan". Las raíces bajan y la planta sube y nadie sabe realmente cómo ni por qué; pero todos somos así. Los peces de colores y los hámsteres y los ratones blancos e incluso la pequeña semilla de la taza de "Styrofoan", todos mueren. Y nosotros, también*

Robert L. Fulghum¹

Preguntas que tal vez sería preciso formularse

- ¿Quién creemos que somos realmente? ¿Somos algo más que cuerpo?
- ¿Qué hemos venido a hacer a este mundo?
- ¿Nuestra vida tiene un propósito? ¿Cuál es su sentido último?
- ¿Venimos de algún sitio? ¿A dónde vamos?
- ¿Cómo sabremos que nuestra vida ha valido la pena ser vivida?
- ¿Hay algo más allá de nosotros? ¿Hay un nosotros?
- ¿Qué siento que explica la vida, el universo, el todo? ¿Existe un "todo"? ¿Qué intuyo?
- ¿Existe *Dios/energía/todo*? ¿Le pongo nombre?
- ¿Existe alguna conexión entre nosotros y el "todo"? ¿Qué explicación damos (y nos damos) ante la muerte de un amigo, de un familiar...? ¿O ante la certeza de que la vida tiene fecha de caducidad desconocida pero garantizada?
- ¿Tenemos sed? Sed de qué? ¿Dónde está nuestra fuente? ¿Qué es la fuente para nosotros?

Si no nos planteamos estas preguntas..., ¿cuáles son las preguntas fundamentales que nos planteamos? ¿Cuáles son las preguntas que acompañamos? ¿Cuál es nuestra visión del hombre, de la vida, del mundo? ¿Hacia dónde creemos que hay que acompañar a las personas? ¿Qué dimensiones de la persona educamos/acompañamos?

Se impone cada vez más el descubrimiento de la interioridad de la persona, es decir, la búsqueda del espíritu y el deseo de vivirlo intensamente

En una sociedad europea, a menudo alejada de la experiencia profunda, demasiado enfocada en todo lo que es práctico por naturaleza, exigente con los resultados numéricos, materialista en sus hábitos de vida, inmediata, presentista, veloz, tendencialmente agresiva con las relaciones personales, se impone cada vez más el descubrimiento de la interioridad de la persona, es decir, la búsqueda del espíritu y el deseo de vivirlo intensamente.

Esta interioridad se entiende no tanto como un valor que el individuo adquiere de fuera, sino como una dimensión que ya existe en su condición humana y que se debe desarrollar para llegar al equilibrio personal, a la felicidad, a la

capacidad de gestionar todo lo de negativo que puede comportar el hecho de vivir, a una buena relación con el entorno y –sobre todo– al descubrimiento del sentido de la propia vida.

En este contexto, dos son las circunstancias que, bajo nuestro parecer, marcan la práctica educativa hacia la espiritualidad. Por un lado, un contexto social condicionado por la indiferencia y, por otro lado, la multiculturalidad. La primera nos anima a ser capaces de despertar interés, a explicarnos bien, y nos hace ver que una espiritualidad bien entendida puede conducir a la felicidad. La segunda nos anima a cuestionarnos sobre todo aquello de la religiosidad que no es necesariamente espiritual y que ya ha pasado al ámbito del folklore. Es decir, a volver a los orígenes más profundos, que seguro que no ayudarán a establecer un vínculo de reconocimiento y complicidad con cualquier persona de cualquier otra tradición que haya vivido la espiritualidad.



Espiritualidad y religión

La interioridad no debe estar necesariamente vinculada a la religión. Es frecuente encontrar personas que trabajan su interior a través del autoconocimiento, la consciencia de su persona y de sus valores y la búsqueda del bienestar, pero que, en cambio, no llega a experimentar la trascendencia.

Podemos afirmar, pues, que el individuo que trabaja su interioridad experimenta la espiritualidad. Es decir, la aparente paradoja de entrar en su interior y salir de sí mismo para ir hacia el otro, la alteridad, que es el encuentro con el proismo y con Dios (si procede). Se trata, pues, de atender el interior para dejarse finalmente de mirar a un mismo.

Esta es, creemos, la visión de la espiritualidad más despojada de condicionamientos culturales. Toda persona, sea de la procedencia que sea, puede experimentar su espiritualidad, y lo hace a partir de la disposición a preguntarse por su propia existencia y por la existencia de los demás. No para conocer el *qué* y el *cómo* –de esto se ocupa la ciencia, casi siempre de forma satisfactoria– sino para preguntarse el *por qué*, es decir, preguntarse por el sentido de la vida.

Es a partir de este interrogante que la persona empieza un camino de profundización que le permitirá desarrollar competencias muy visibles de cara al exterior, como por ejemplo las relaciones positivas, la admiración por la belleza, el hecho de conmoverse ante las injusticias sociales y el compromiso social.

La espiritualidad está vinculada a las religiones cuando estas ofrecen lo mejor de sí mismas, que es la experiencia de lo trascendente. En el otro extremo, las religiones pueden convertirse en una simple manifestación cultural.

En este caso –cuando la religión no cuida el sentido último de su existencia y cuando está tan arraigada a la sociedad en la que convive– no se discierne entre una manifestación religiosa fruto del convencimiento y la experiencia espiritual, de una manifestación religiosa fruto de los convencionalismos sociales, desligada de la espiritualidad. Por poner un ejemplo, podemos hablar de la celebración de la Navidad, que se ha convertido en una fiesta común, tanto si se experimenta espiritualmente como si no.

Razón y espiritualidad

Ni que decir cabe que los parámetros de la razón no son útiles para expresar la vivencia espiritual, ya que esta no se vincula al análisis de la realidad, sino a una visión más sintética del mundo. Es, pues, una experiencia desde la globalidad. Por eso, el lenguaje simbólico se utiliza tan a menudo. Y si queremos desarrollar nuestra espiritualidad, es preciso entenderlo, familiarizarse con él e interiorizarlo.

El uso de la razón como forma de pensamiento y la experiencia de lo trascendente no son incompatibles

El uso de la razón como forma de pensamiento y la experiencia de lo trascendente no son incompatibles. La disociación entre fe y razón que se creó en el siglo XIX, y que tanto conflicto provocó, forma parte ya del pasado. Toda persona puede compartir, entender y trabajar con argumentos empíricos, comprobables y científicos y, por otro lado, puede tener una vida interior profunda. En otras palabras, un físico puede ser una persona profundamente espiritual.

Ciencia y espiritualidad

En referencia a este punto, hay que valorar los estudios científicos que en los últimos años se han realizado, sobre todo relacionados con la neurología, y que describen el comportamiento físico y químico del cuerpo cuando una persona pone en práctica ejercicios de interioridad. Todos ellos nos ayudarán a entender qué sucede, pero no nos aportan información de por qué sucede ni nos ponen al día de la experiencia vivida.

Podríamos decir, por ejemplo, que se puede describir un lugar de dos formas: explicando cómo se va a partir de un mapa bien detallado, o bien contemplando el magnífico paisaje de aquel lugar. O nos pueden explicar cómo funciona el cableado de una línea telefónica, pero no nos pueden transmitir la emoción que se produce en una conversación entre dos personas. Del mismo modo, no tiene nada que ver contemplar un esquema de la anatomía del ojo o percibir la mirada transparente de una persona amada. Y todo es real, todo es una “verdad”. Solo hay que saber “entenderla”, en el primer caso, y “experimentarla”, en el segundo.

La duda en el camino dinámico de la espiritualidad

Otro elemento que hay que tener en cuenta cuando hablamos de experiencia espiritual, porque es una parte inherente, es la duda.

La vivencia de la fe, que deriva de la espiritualidad del individuo, nunca es lineal porque quien la experimenta es inteligente, y la inteligencia provoca continuamente preguntas, que llevan a respuestas que generan más interrogantes. En palabras de Francesc Torralba: "El creyente es, al fin y al cabo, y aunque parezca una contradicción, un no creyente que se esfuerza, cada día, por empezar de nuevo"².

Además, las circunstancias externas de la persona hacen que el pensamiento se vaya modificando de forma dinámica, hasta el punto de que, una vez pasados los años, una persona puede llegar a madurar espiritualmente o puede dejar al margen estas cuestiones tras experimentar la *nada*. Las muertes, las enfermedades, las injusticias, en definitiva, el dolor en el mundo, son las causas más habituales por las que una persona puede sentir que atraviesa un desierto o puede experimentar un vacío de sentido, percibido y asociado a la infelicidad.

Este dinamismo de los procesos espirituales de las personas no conduce a pensar en la llegada del individuo al camino de la espiritualidad. En el campo educativo, tan acostumbrados como estamos a programar paso a paso los aprendizajes y a describir metodologías, la competencia espiritual se convierte en un pez húmedo que se nos escapa de las manos. El poeta León Felipe lo expresa con estas palabras:

Nadie fue ayer,
ni va hoy,
ni irá mañana
hacia Dios
por este mismo camino
que yo voy.
Para cada hombre guarda
un rayo nuevo de luz el sol...
y un camino virgen
Dios.

Verdaderamente, hay que contemplar un abanico abierto de posibilidades que favorezcan el camino hacia la espiritualidad: unos serán especialmente sensibles desde el arte; otros, a partir del silencio; o con la lectura de la palabra; o con la expresión del cuerpo; o desde el compromiso social... Y la función del educador/a es –eso sí– abrir en cada uno la vía que sea más pertinente de acuerdo con sus posibilidades e intereses, lo que requiere atención, creatividad y seguimiento. Implica, dicho de otro modo, “estar ahí”.



Espiritualidad cristiana y moral

La espiritualidad, aunque no debe confundirse con la moral, sí que tiene relación con esta, sobre todo si la entendemos desde la mirada cristiana. La espiritualidad cristiana se concibe desde dos dimensiones: una vertical, que hace referencia a la interioridad, la relación con Dios, la admiración, el agradecimiento, la contemplación, el silencio, la reflexión y la búsqueda del sentido de la vida³ y otra dimensión horizontal, que requiere un “tocar de pies en el suelo”, un compromiso por un mundo mejor, un trabajo hacia la hermandad/comunidad humana, la justicia, la paz y una praxis al servicio de los débiles.

Si sólo atendemos a la dimensión vertical, creemos que la espiritualidad cristiana queda reducida a una parada y un diálogo personal con lo trascendente que puede traducirse en la nada en cuanto a su acción.

Si sólo atendemos a la dimensión horizontal, nos quedamos con una acción humanizadora, seguramente muy necesaria, pero faltada de sentido de trascendencia. Es preciso, pues, atender a las dos vertientes para que el desarrollo integral de todas las dimensiones del “ser” (finalidad última de la espiritualidad) se produzca, no tan solo para el individuo, sino también para la colectividad.

Desde esta perspectiva, uno no “es” plenamente si no “*es-en-relación-con-los-demás*”, es decir, con el bienestar, con la promoción como persona, con el crecimiento interior... de ambos.

Recordemos que el término “existir”, en latín, contiene el prefijo “*ex*”, que implica semánticamente el hecho de “salir hacia fuera”. La palabra “existencia” lleva, pues, implícita la idea de que la espiritualidad del individuo no tiene sentido si no se manifiesta en su “exterioridad/alteridad”. Y de ahí viene el significado del compromiso social y del sentido comunitario que debería inspirar a los creyentes cristianos.

Espiritualidad, estadios morales y tipos de pensamiento

Profundizando más, hay que tener en cuenta que el sentido que damos a los actos hacia la comunidad dependen del estadio moral⁴ en que se encuentra la persona, y esto depende de su edad o estadio evolutivo. Por lo tanto (y esto es muy importante para un educador/a) hay que tener varias expectativas de las personas en función de lo que pueden aportar. No es lo mismo el sentido que da un niño pequeño a una buena acción que el sentido que le da (o le debería dar) un adulto. En el primer caso, es normal que aduzca que lo hace

por imitación, para que no le riñan o para contentar al adulto. En el segundo, creemos que debería ser por convencimiento y firmeza en unos valores que fundamentan sus actos. El camino de un estadio heterónimo a un estado autónomo debe ser consecuencia de su trabajo interior, muchas veces animado por el educador/a.

Lo mismo sucede con el conocimiento y el estadio de aprendizaje en el que se encuentra el individuo. Bloom⁵ estableció una taxonomía en la que ordenaba varios registros de pensamiento, los cuales iban desde la repetición o simple recordatorio de contenidos hasta la capacidad de crear a partir de lo aprendido. Trasladado al ámbito de la espiritualidad, pensamos que, en su grado más alto, debe provocar cambios, nuevas creaciones, que ayuden a mejorar la vida del individuo y de su entorno. Y, previamente a esto, hay que pasar por un camino de aprendizaje.



Sensibilidad y madurez

Como afirma Xavier Melloni: “La disposición a la interioridad depende de dos cosas: de sensibilidad y madurez”⁶.

Todos, educadores y educandos, no acabamos nunca de aprender, y unos nos alimentamos de otros. El camino espiritual es infinito en cuanto a las varias vías por las que podemos llegar y también por las formas de expresión. Cada etapa de la vida requiere una forma de interiorizar y una forma de actuar. Y, sobre todo, un *por qué* más o menos elaborado.

Acompañar la dimensión espiritual desde la educación social

Creemos que los educadores y educadoras sociales deberíamos socializar las fuentes de las que bebemos cuando tenemos sed y las sombras bajo las que reposamos..., para que los demás encuentren sus propias fuentes y sus propias sombras.

Acompañar al otro nos vincula con él desde la vida. Vida al lado de vida. Y, desde esta frecuencia, flotan todas las dimensiones de la vida humana, también y especialmente, la espiritual. Lo esencial se torna significativo.

Acompañar al otro nos vincula con él desde la vida. Vida al lado de vida

Por eso es preciso reservar espacios personales y grupales para lo esencial, la contemplación, la admiración, el silencio, la pregunta, la mirada hacia adentro...

Los educadores/as y los equipos deben encontrar un tiempo en la agenda para estos espacios, también en las reuniones de equipo y en las formaciones, haciendo posible momentos de reflexión que conecten con todas las dimensiones de lo que somos.

Normalizar estos espacios en los entornos educativos nos ayuda a “vivir”, a “ser” y “ser mejores”, y a “serlo juntos”.

Doro Carbó
Directora del ámbito pastoral de la Fundación Escola Vivenciana
dcarbo@xtec.cat

Eduard Sala
Director de la Obra Social Santa Lluïsa de Marillac
Filles Caritat Fundació Social
esala@osmarillac.com

Bibliografía

AAVV (2008). *Reflexiones en torno a la competencia espiritual*. Escuelas católicas Madrid. Serie PaidoGPS, 1. Madrid.

Benavent Vallès, Enric (2013). *Espiritualidad y educación social*. UOC. Manuales. Barcelona.

Bloom, Benjamin (1987). *Taxonomía de los objetivos (clasificación de las metas educativas)*. 3ª Edició. Librería El Ateneo. Buenos Aires.

Coelho, Paulo (1999). *Manual del guerrero de la llum*. Proa perfils. Barcelona.

Fisher, Robert (2002). *El caballero de la armadura oxidada*. Ediciones Obelisco. Barcelona.

Fulghum, Robert L. (1989). *Todo lo que realmente necesito saber lo aprendí en el parvulario*. Círculo de lectores, Barcelona.

Goleman, Daniel (1995). *Inteligencia emocional*. Kairós. Barcelona.

Grün, Anselm (2005). *Para que tu vida respire libertad*. Sal Terrae, El Pozo de Siquem, 172. Santander.

Guix, Xavier (2008). *El sentido de la vida o la vida sentida*. Granica. Barcelona.

Kohlberg, F.; Power, A.; Higgins (1997). *La educación moral según Lawrence Kohlberg*. Gedisa. Barcelona.

Küppers, Víctor (2012). *Vivir la vida con sentido*. Plataforma Actual. Barcelona.

Lukas, Elisabeth (2008). *Viktor E. Frankl, el sentido de la vida*, Plataforma Testimonio. Barcelona.

Martini, Calo Maria (2009). *Una cosa molt personal, meditacions sobre la pregària*. Claret. Savieses. Barcelona.

- Miralles, Francesc** (2013). *La dieta espiritual*. Columna. Barcelona.
- Pausch, Randy** (2010). *La última lección*. Debolsillo. Barcelona.
- Puig, Armand; Torralba, Francesc** (2008). *La força de la feblesa*. Proa. Barcelona.
- Ràfols, Oriol et al.** (2009). *Educar la recerca de sentit*. Salesians. Barcelona.
- Rojas Marcos, Luis** (2005). *La fuerza del optimismo*. Aguilar. Madrid.
- Torralba, Francesc** (2008). *El sentit de la vida*. Ara Llibres. Badalona.
- Torralba, Francesc** (2011). *Jesucrist 2.0*. Pòrtic. Àtrium. Barcelona.



-
- 1 Fulghum, Robert L. (1989). *Todo lo que realmente necesito saber lo aprendí en el parvulario*. Círculo de lectores. Barcelona. P. 8.
 - 2 Torralba, Francesc (2011), *Jesucrist 2.0*. Pòrtic. Àtrium. Barcelona, p. 96.
 - 3 Francesc Torralba afirma: “Muchos hombres y mujeres buscan en los comprimidos farmacológicos la curación a la desesperación. Contra esto, hay que ver que la opción por el Cristo es, a la vez, una opción para cada hombre y para cada mujer, un humanismo práctico. Consiste en creer que el ser humano tiene posibilidades, que puede cambiar, que es capaz de hacer más que lo que puede imaginar, que en él existe un Fuerza que le empuja, que lo puede todo y que, si es capaz de abandonarse a esa Fuerza, de vivir conforme al Maestro interior, extraerá lo mejor de sí mismo”. *Ibidem*, p. 80.
 - 4 Kohlberg, F.; Power, A; Higgins (1997). *La educación moral según Lawrence Kohlberg*. Gedisa. Barcelona.
 - 5 Bloom, Benjamin (1987). *Taxonomía de los objetivos (clasificación de las metas educativas)*. 3ª Edición. Librería El Ateneo. Buenos Aires.
 - 6 Entrevista a Xavier Melloni: http://revistarecat.org/?page_id=537
-